

DEMOCRACIA EN LA IGLESIA.

Corresponsabilidad y participación de todos los bautizados

Como comunidad de salvación que es, la Iglesia debe su origen y su constitución a su Salvador, Jesucristo. Pero las fuentes neotestamentarias y la historia de la primitiva comunidad cristiana nos transmiten únicamente los trazos más esenciales de la organización de esa comunidad. A lo largo de la historia, se ha ido adaptando la Iglesia a las diversas formas de organización y de gobierno de las sociedades humanas y no ha titubeado en asumir de ellas aquellos elementos que le han resultado útiles, sin menoscabo de su estructura fundamental. La toma de conciencia de su situación en el mundo de hoy ha significado para la Iglesia del Vaticano II una puesta al día también en su organización interna. Pero tanto el reconocimiento de la Iglesia pueblo de Dios y de la Iglesia-comunión como la colegialidad episcopal y la revalorización del papel de las Iglesias locales hacían esperar cambios más radicales en la organización interna de la Iglesia. Así lo piensa el autor del presente artículo, que aboga por una "democratización" de la Iglesia, no en el sentido profano de que el poder procede del pueblo, sino en el profundamente cristiano de que el pueblo participa de la vida y de las decisiones de la Iglesia.

Demokratie in der Kirche. Zur Mitverantwortung und der Beteiligung aller Getauften, Stimmen der Zeit 212 (1994) 579-592

La orientación de la reforma de la Iglesia, largo tiempo esperada, queda de manifiesto en el documento de trabajo del Comité Central de los católicos alemanes "Diálogo en vez de negación del diálogo: ¿cómo tratar en la Iglesia unos con otros?" (1993). He aquí la afirmación central: "Las tensiones, a veces desgarradoras, entre Iglesia central e Iglesia local, entre clero y laicado, entre "Roma" y los teólogos, entre una Iglesia masculina y las mujeres, se reducen a un problema fundamental: En su forma histórica actual, la Iglesia no está a la altura de los tiempos ni comparte la conciencia del hombre de hoy que se considera mayor de edad, mientras que en la Iglesia se siente todavía como alguien a quien hay que enseñar y dirigir, sin que él pueda intervenir en nada."

Resultaría un contrasentido interpretar esa queja como si se reivindicase que la fe y la Iglesia se modernizase, se adaptase al gusto del tiempo y ganase en efectividad. Pero sí que debe mostrarse atractiva para el hombre actual, que se distingue por el *ethos* de la libertad, un pensamiento maduro y la voluntad de participar responsablemente. No es posible que una Iglesia trasnochada vaya tras él, le acompañe y dirija en el camino hacia el Reino de Dios.

Para la teología práctica no existe problema más importante que la relación de unos con otros, que se manifiesta conviviendo -*communio*-, hablando -diálogo-, actuando -cooperación-. La teología de la *communio* del Vaticano II debe ahondarse hasta llegar a las estructuras y sacar las consecuencias jurídicas. Recurrir sólo a la buena voluntad sin reformar las estructuras es dar alas a los disidentes. Y, sin embargo, tanto en Roma como en las Iglesias locales se recela de las reformas estructurales. En lo sucesivo, me gustaría entrever algunas propuestas de reformas que aprovechen ámbitos

desaprovechados, pero que incluyan también modificaciones de fronteras. Ciertamente que la conversión de las personas es más importante que la reforma de las estructuras. Pero recordar lo primero no significa olvidar lo segundo.

Dejemos de momento la cuestión de si la palabra "democratización" es apropiada o no para sintetizar las múltiples aspiraciones hacia una reforma de las estructuras de la Iglesia. Sirva ahora como anuncio del problema. Su contenido quedará patente a lo largo de nuestras reflexiones.

¿Jerarquía contra democracia?

1. *La Iglesia en el mundo y para el mundo.* Desde el comienzo del Vaticano II se vio claramente que uno de los problemas del Concilio era el de la democracia interna, el de una opinión pública en la Iglesia. No se trataba de trasponer a la Iglesia la concepción del Estado, sino de una transformación a partir de las propias raíces. La palabra clave era *participación*: pensar, decidir, actuar conjuntamente, en vez de dejar a los otros - como si de una madre solícita se tratase - la tarea de pensar, decidir, actuar por nosotros. Esto no sólo se le ajusta al ciudadano, consciente de sí mismo, de la sociedad moderna, sino mucho más al cristiano. El don del Espíritu tiene que ver esencialmente con la libertad: "Donde hay Espíritu hay libertad" (2 Co 3,17).

El *ethos* de la libertad y la corresponsabilidad no es patrimonio de la sociedad euro-americana. La marcha eclesial en América Latina desde Medellín (1969) y Puebla (1979) se abre camino con esta triple consigna: libertad, comunión, participación. Esto significa: ningún cristiano ha de quedar impotente bajo la coacción del sistema, no ha de quedar fuera de juego ni ha de ser un espectador pasivo. Así lo exigen la dignidad de cristiano y de persona. Sólo una Iglesia así puede servir de modelo hoy para los pueblos y para la humanidad.

2. *Confrontación en el postconcilio.* Al movimiento de reforma emprendido por el Concilio se sobrepuso el mayo del 68. La revolución estudiantil adoptó como consigna la "democratización" de todos los órdenes sociales, incluida la Iglesia. Teólogos inexpertos en política, incluso de renombre, se encaramaron en posiciones radicales y se liaron en discusiones teológicamente problemáticas a favor y en contra de la democratización de la Iglesia.

Pese a que teológicamente cabía separar la paja del grano, esas posiciones de minorías, en parte influyentes, todavía se mantienen. Y esto ha producido un *shock* en la dirección de la Iglesia que ha dejado su huella hasta hoy. La falta de experiencia y argumentos teológicamente poco maduros se dieron cita entonces -y, en parte, todavía hoy - en ambos extremos del espectro de teólogos polémicos.

3. *Malestar creciente ante el centralismo y el estilo autoritario de gobierno.* Pese a esas posiciones unilaterales, no cejó la justa demanda de aplicar una auténtica democracia a la reforma de la Iglesia. En los últimos años, lo que ya se pensaba hace 30 años se ha vuelto a proponer expresamente más matizado y con una mayor resonancia que en el postconcilio. Testimonio de ello son los dos tratados sobre la Iglesia de *Medard Kehl* y *Siegfried Wiedenhofer* (ambos de 1992), que presentan una eclesiología contextual, o sea, una doctrina teológica sobre la misión de la Iglesia en nuestro tiempo. El

documento de trabajo, mencionado al comienzo, toma postura a favor de la estructura jerárquica de la Iglesia, pero contra un estilo de gobierno autoritario. ¿Son ambas cosas teológicamente compatibles?

4. *Acercamiento entre la concepción democrática y la eclesial.* La diferencia entre ambas es clara: no se trata de una *democratización* de la Iglesia en la línea del Estado. Pues el soberano de la Iglesia no es el pueblo, sino Cristo, que, con la elección de los Doce, marcó la estructura fundamental del ministerio en la Iglesia, sin detrimento de su desarrollo histórico posterior. La división de poderes pertenece a la estructura fundamental del Estado. Por el contrario, en la Iglesia católica el triple poder de enseñar, dirigir y juzgar reside en el Papa. En el Estado democrático prevalecen las mayorías, mientras que en la Iglesia el *Evangelio* está por encima. El foso entre ambas concepciones parece infranqueable.

Y, no obstante, un análisis más profundo muestra puntos de contacto significativos. Si la Iglesia se ha opuesto al principio de que "todo poder viene del pueblo" es por razón de la tesis del llamado "contrato social", que prescindiría, no sólo de toda referencia a Dios, sino incluso de los principios éticos en la constitución del Estado. A diferencia de esa democracia de corte francés del siglo pasado, las democracias modernas reconocen las exigencias de unos valores intangibles, que se traducen en derechos fundamentales y que están por encima de misma autoridad estatal.

Y a la inversa: al principal signo de la democracia -la participación en las decisiones políticas- corresponde en la más reciente doctrina social de la Iglesia el principio: "El ser humano en todos sus roles -como ciudadano, como trabajador, como miembro de la Iglesia- debe participar en todas las realizaciones de las instituciones, en las que está inserto". La palabra-clave es aquí *participación activa*, en la que el término *participación* se refuerza con el epíteto *activa*. Análogamente, el Vaticano II ha fomentado la participación a todos los niveles, desde el consejo parroquial al sínodo de los obispos. Y, sin embargo, desde muchos puntos de vista cunde la queja de falta de una participación activa en importantes decisiones eclesiales.

Tres obstáculos frenan el avance del proceso de renovación de la Iglesia: una explicación teológicamente insatisfactoria de las responsabilidades de los dirigentes y de los otros cristianos, la falta de una cultura democrática en la Iglesia y el vacío jurídico respecto a estructuras y comportamientos democráticos. Hay que ver la manera de ir quitando de en medio esos obstáculos.

Corresponsabilidad y decisión última

1. *Modelo clásico de democracia eclesial.* Desde antiguo, una estructura democrática de propio cuño es constitutiva de la Iglesia. No hay más que recordar, como hacía *Joseph Ratzinger* en 1970, el triple principio enunciado por Cipriano en el siglo III: nada sin el obispo, nada sin el consejo del colegio presbiteral, nada sin el consentimiento del pueblo. ¿No es verdad que durante cuatro siglos, desde la reacción antiprotestante hasta el Vaticano II, la Iglesia romana se ha alejado de ese modelo clásico de la Iglesia antigua? Se produce una polarización que daña a la Iglesia: unos interpretan la teología de la *communio* en función únicamente del primer principio -nada sin el obispo-. Y

otros la interpretan de acuerdo con los otros dos: nada sin el consejo de los presbíteros y sin el consentimiento del pueblo.

Remitiéndose a la trinidad divina, origen e imagen de la Iglesia, se opone *Walter Kasper* a ambos extremos: "Pertenece a la estructura esencial de la Iglesia el hecho de ser, como los dos centros de una elipse, al mismo tiempo papal y episcopal. Ninguno de los dos polos puede absorber al otro. Esa unidad de tensión es el fundamento de la unidad de comunión". Un Papa que tanto en su pensamiento como en su acción no tenga en cuenta la comunión con los obispos y el resto de los fieles, se comporta de una forma tan poco católica como una comunidad que, dejando de lado al Papa y a los obispos, sólo se preocupe de sí misma. ¡Ni círculo ni pirámide, sino elipse! Pero ¿no se opone a ello el dogma de la autoridad papal proclamado en el Vaticano I y confirmado en el Vaticano II?

2. *Responsabilidad última, no única, del Papa.* A diferencia del Estado democrático, en la Iglesia no hay elecciones, ni parlamento, ni gobierno. La democracia constituye un poder controlado. Y por esto, por ej., una ley aprobada en el parlamento puede ser vetada por el tribunal constitucional. En cambio, de acuerdo con el derecho eclesiástico, el Papa dispone del poder de jurisdicción total, directo y universal en la Iglesia católica, que puede ejercer libremente siempre y en todas partes. Contra una decisión papal no cabe ni apelación ni protesta. Es comprensible que a menudo los obispos no puedan reaccionar decidida y eficazmente contra abusos e injusticias manifiestas. Esta situación jurídica coactiva se agudizó todavía mediante el juramento de fidelidad introducido en 1972. Actualmente se discute la cuestión de hasta qué punto el derecho eclesiástico y el juramento obliga a los obispos en conciencia. Aunque los católicos, perplejos, se sometan a una orden papal, a sus ojos, injusta o perjudicial, no por esto se anula el derecho y acaso el deber de oponerse a ella. Y lo mismo vale respecto a las órdenes episcopales. Incluso en caso de conflicto, la imagen de la elipse encaja perfectamente: para la misión de la Iglesia, la última palabra no es la única palabra.

La misma precariedad se pone de manifiesto en la cuestión del *magisterio* supremo. Éste no le corresponde ni al Papa sólo ni al Papa junto con el colegio de los obispos. El problema principal de los fieles católicos no reside en los (pocos) dogmas definidos, sino en el ejercicio "normal" de la predicación por parte del Papa y de los obispos. Que, por la ayuda del Espíritu Santo que se les prometió, merecen, de entrada, un voto de confianza pertenece a la mejor tradición de la Iglesia. Incluso un médico o un profesor mal podría ejercer su profesión sin la confianza de sus pacientes o discípulos. Pero esa confianza ha de basarse no sólo en argumentos teológicos, sino en una actuación que se granjee la credibilidad. Hoy ya no sirve la pura apelación formal al derecho.

Respecto a la exigencia de "obediencia religiosa de voluntad y entendimiento" a una enseñanza no definitiva del "magisterio auténtico", a mi juicio, no es que con ello se reclame demasiado, sino que se funciona con conceptos oscuros y medio dudosos. ¿Cómo va un teólogo a aceptar con su inteligencia una enseñanza contra la que debe aducir argumentos de peso? En 1631 el jesuita Friedrich von Spee, persuadido de que las brujas eran una invención de aquella Inquisición que Inocencio VIII había legitimado con una Bula en 1484, intervino para que el proceso a las brujas fuese abolido. ¿Cómo podía dar un asentimiento con su inteligencia? La inteligencia se rige por el convencimiento, no por un acto de voluntad.

Con razón va *Walter Kasper* contra una supuesta "obediencia de cadáver", cuando se trata de la fe: "Como acto libre que es, la fe sólo es un acto digno del ser humano, cuando no entraña un sacrificio de la inteligencia, sino un obsequio razonable a la verdad". Como ciencia crítica, la teología tiene asignada originariamente la tarea de separar cuidadosamente lo legítimo de lo ilegítimo y manifestarlo públicamente. Evidentemente hay que usar los medios apropiados. La contraprueba habla por sí misma: ¿qué hubiese sucedido con la Iglesia, si en el decurso de la historia ningún teólogo se hubiera atrevido a manifestarse contra las falsas enseñanzas de Roma, como la persecución y la tortura de herejes, la quema de brujas, la obstinada afirmación de que negar el principio de la libertad de religión es de derecho divino? En el mismo sentido hay que pronunciarse claramente en contra del intento de Roma de trocar la elipse por una pirámide respecto al magisterio ordinario.

Lo que llevamos dicho sobre el primado de jurisdicción y sobre el magisterio del Papa no tiene su origen en un sentimiento antiromano, sino por el contrario, en el reconocimiento conjunto del servicio de Pedro y del servicio de los obispos. Para la fe católica constituye un don de Dios el hecho de que, en situaciones-límite, en las que está en juego la unidad o la identidad de la fe, exista la última instancia del Papa o del Concilio para dirimir las cuestiones. La experiencia del pasado y del presente enseña que largas discusiones que paralizarían la Iglesia o perderían su perfil cristiano remitiéndose a la tolerancia civil (la indisolubilidad del matrimonio sacramental, la prohibición del aborto y la eutanasia), gracias a la autoridad doctrinal, a menudo impopular, del magisterio auténtico (y constante) del Papa y de los obispos, no ha conducido al abandono de lo típicamente cristiano.

Este servicio del ministerio eclesial presupone una sana relación de confianza hacia los representantes eclesiales y una estructura comúnmente aceptada de la manera de alcanzar el consenso. La actitud del ministerio, que hemos expuesto, y su resonancia en el sentido de la fe de todos los bautizados están mutuamente imbricados. Si, por el contrario, la dirección de la Iglesia y su magisterio se independiza de la comunidad de la Iglesia, se menosprecia la actuación del Espíritu Santo en el pueblo de Dios. Mantener la tensión entre ambos polos de la elipse no implica, pues, el asentimiento de la inteligencia y de la voluntad a todas las órdenes y enseñanzas de la autoridad eclesiástica, sino la entrega, ni remisa ni sumisa, como persona, a la Iglesia real, que existe pese a sus faltas y debilidades.

La Iglesia, lugar privilegiado para la libertad y la participación

1. *Más importante el Espíritu que las estructuras.* A pesar de la reforma postconciliar de las estructuras, que va desde el ámbito parroquial a la curia romana, nos encontramos muy lejos todavía del "modelo clásico de democracia eclesial" de Cipriano. No cabe abordar esa deficiencia ante todo y sobre todo con normas y estructuras jurídicas. Tampoco sin ellas. Tomando como punto de partida la fuerza espiritual de la Iglesia, esbozamos el proceso de renovación que esperamos.

La base de nuestra reflexión es la Iglesia real, no una Iglesia ideal. Pero esa realidad no se limita a lo que se ve, sino que abarca sus posibilidades ocultas, su potencia espiritual. Estoy convencido de que, cuanto más explote la Iglesia sus posibilidades originales, tanto más se mostrará como un ámbito de vida en el que los seres humanos pueden

participar creativamente como en ninguna otra parte. La Iglesia no es menos, sino más que una democracia. ¿Dónde existe una comunidad de ámbito universal, cuya esperanza rebasa las fronteras de lo intramundano y cuya norma suprema sea el amor incondicional a Dios y al prójimo?

El reverso sería una cárcel o un campo de concentración. Si los reclusos no consideran como cuestión de vida o muerte escapar lo antes posible, la autogestión democrática de tal institución es, de antemano, ilusoria. Aun sin ese retrato en blanco y negro, queda de manifiesto la ocasión única que representa la Iglesia para la libertad y la participación, si la comparamos con lo que sucede en política en los Estados de derecho. Cuanto más consideran los ciudadanos al Estado como un fabricante de servicios y no como una comunidad política, tanto más ardua resulta la tarea de los políticos, que han de ir mendigando votos para poder seguir gobernando. Frente a esto ¡cuán libres están el Papa y los obispos! No han de presentarse periódicamente a las elecciones y en las cuestiones fundamentales pueden apoyarse en el consenso de una comunidad de fe.

Importa mucho atender a la advertencia del documento de trabajo: "Hemos llegado a la conclusión de que en la Iglesia actual anda de por medio mucho miedo". La afirmación de un obispo ortodoxo rima con lo anterior: "Cuando el amor se enfría surge desconfianza; la desconfianza genera miedo: y el miedo hace que nos agarremos a las leyes, para salvar el amor, pero en vano". A esa espiral de muerte se le puede dar la vuelta: cuando el amor es fuerte, soporta mucho, resuelve interrogantes, hace que se pueda prescindir de normas y de leyes. El amor y su consecuencia -la sinceridad y la tolerancia- son virtudes y modos de actuar de una democracia eclesial, a la que nos debemos convertir de nuevo.

2. *Una cultura democrática.* Sería un desatino querer regir por Dios los destinos de su Iglesia, pero sin Dios. La "compuerta" que regula el caudal de vida de la Iglesia es el Señor de la Iglesia. María madre de la Iglesia lo sabe: "Derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes" (Lc 1,52). Jesús ora por Pedro: "He pedido por ti para que no pierdas la fe. Y tú, cuando te conviertas de nuevo, afianza a tus hermanos" (Lc 22,32). Los cristianos han de unirse a Jesús y a su Madre. La existencia cristiana se realiza en el amor, la oración, el sufrimiento y la reconciliación. En esto consiste la participación activa en la acción de Dios en la Iglesia y en el mundo. Los fieles deberían confiar en esa fuerza irreprimible, al menos tanto como en la valentía de Pablo al enfrentársele a Pedro, quien, con su comportamiento, exponía a la comunidad primitiva al riesgo de extravío (véase Ga 2,11-14). De otra forma, las discusiones sobre competencias o poder conducen al error. Wiedenhofer ventila los acalorados debates sobre estructuras advirtiéndolo: "Si partimos del perfil neotestamentario de Pedro, a él no se le hace tanto la promesa abstracta de dirigir y enseñar indefectiblemente a la Iglesia como la de ser capaz de convertirse incluso en medio de las más grandes contradicciones propias. También esto sería dirigir y enseñar a la Iglesia, pero siempre en la forma de reconocimiento de los pecados y de la conversión en nombre de la Iglesia, que continuamente se equivoca." En vez de enfrentar la presencia mariana y la protesta paulina, en ambos casos los creyentes deberían basarse en que no ellos, sino Dios convierte a los poderosos.

En la escuela de la Biblia se aprende a dejar que el otro sea él mismo, a que actúe por sí mismo, a que se le dé un voto de confianza para que sea la vida la que le enseñe -incluso mediante caídas-. Coincide con la intuición de padres y educadores: una

sobreprotección provoca rechazo. De ahí se sigue: contribuye a evitar el centralismo y el estilo autoritario de gobierno la aplicación del *principio de subsidiariedad*, del que ya Pío XII dijo que "sirve también para la vida de la Iglesia, sin merma para su estructura jerárquica". Este principio, que la Iglesia no se cansa de repetir respecto a las tendencias centralistas del Estado moderno, aplicado a la vida de la Iglesia, significa que la instancia superior no ha de asumir competencias que tienen cabida en un nivel inferior. También aquí Dios nos enseña con su modo de actuar. Los Santos Padres solían expresarlo así: "Lo que Dios hace por nosotros, quiere hacerlo con nosotros".

Otro distintivo de la cultura democrática de la Iglesia es el *diálogo*. La democracia -dijimos- es un poder controlado. A esto corresponde en la tradición de la Iglesia, como correctivo a las decisiones tomadas por una sola persona, ante todo el deber de escuchar por parte de los responsables y, por parte de los demás, el derecho y la obligación de aconsejar y reclamar. La importancia de escuchar se constató en el Vaticano II. Los consejeros teológicos y los observadores no tenían ni voz ni voto en el aula conciliar. Y sin embargo, el hecho de su presencia, de que, aun fuera del aula, hablasen y se les escuchase resultó ser un factor decisivo a la hora de cambiar el rumbo de algunas decisiones importantes. ¿No sucedería algo semejante si, por Ej., en las conferencias episcopales algunas mujeres y hombres del laicado estuviesen presentes, aun sin voz ni voto?

Es imprescindible crear una *cultura de la escucha*. Todos hemos de escuchar. También los obispos y los sacerdotes. Ni la machacona repetición de las órdenes ni las quejas continuas de falta de diálogo conducen a nada. Una de las formas más importantes del amor al prójimo es tomar en serio al otro. Sale uno muy frustrado del diálogo con los responsables cuando tiene toda la impresión de que, bajo una capa de amabilidad, se esconde una indiferencia respecto a lo que se propone. En esa atmósfera aparentemente amable, la crítica se convierte en una especie de agresión. Esta es la muerte de cualquier asesoramiento serio. No se trata de un mal necesario, sino de un estado que no es digno de la Iglesia.

¿Cómo se resolverían los conflictos en la Iglesia, si los implicados pusiesen todo su esfuerzo en comprender al otro, en tratar de descubrir lo que el otro quiere expresar con palabras a menudo incompletas y unilaterales, en vez de señalar inmediatamente que se han traspasado los límites? La virtud de escuchar incluye también el no dar oído a toda clase de denuncias, intrigas y manejos. Esto constituye una expresión elemental de la justicia.

3. *Estructuras democráticas*. De poco serviría apelar a las virtudes del diálogo, si no se tuviese el valor de asumir sus consecuencias jurídicas. De no ser así, la teología de la *communio* se convertiría en ideología. Las propuestas del canonista Werner Böckenförde son razonables: *obligación de escuchar* por parte de los responsables; derecho de manifestar su opinión por parte de los fieles; posibilidad de articular la participación del clero y fieles en el nombramiento de obispos.

Y ¿qué va uno a hacer, cuando la cosa ya no va? ¿qué hacer en *caso de conflicto*, cuando las opiniones son encontradas o cuando hay un abuso de autoridad? Pensemos en las consecuencias que tuvo para muchos teólogos la firma de la *Declaración de Colonia* de 1989: se les barró el acceso a cátedras de teología y tuvieron toda suerte de dificultades en su actividad académica. Y esto sin procedimiento judicial ni posibilidad

de apelación. Faltan, pues, estructuras apropiadas para cambiar las cosas. Arbitrajes, tribunales administrativos, defensa jurídica de los derechos de la persona son otras tantas propuestas que se han hecho en vano. Si de acuerdo con su función originaria, el derecho es considerado en la Iglesia como defensa del amor, se da la garantía del derecho. Apelar a él ya no es un instrumento de poder, lo cual en la Iglesia no se ha de dar. Las estructuras de la Iglesia deberían, en su sabiduría, dar testimonio del Evangelio (véase Mt 18,15-18).

Para concluir, hemos de referirnos a una base fundamental del edificio de la Iglesia que, en detrimento de la misma, se descuida. Se trata de los profetas que, juntamente con los *apóstoles* constituyen el fundamento de la Iglesia (Ef 2,20). A lo largo de la historia de la Iglesia se ha desarrollado jurídica y estructuralmente el fundamento del ministerio apostólico, pero no el *fundamento carismático*. Como consecuencia, si bien la fuerza profética en la Iglesia se ordena al ministerio, no está regulada la obligación del ministerio de escuchar la voz del carisma profético y aprender de ella. ¿Es que el obispo, como un hermano más, no puede acercarse a la existencia cristiana en la familia y en la profesión, en la política y en la economía, para enriquecerse con la experiencia de los demás? Especialmente las mujeres y los jóvenes se quejan de que sus voces sólo casualmente llegan a oídos de los responsables. Esto vale también para la vida de pareja, de cuyas experiencias y necesidades las más de las veces los responsables se interesan poco. Muchos de los "alejados" pueden estar lejos del centro de la vida eclesial, pero a menudo están metidos en medio de la vida, de la que los responsables eclesiales están lejos.

4. *Una llamada*. La cuestión del ministerio marca cada vez más el corte entre las dos situaciones: la de los "revolucionarios de la estructura" y la de los "defensores del orden". En el peor de los casos, se irá cada uno por su lado. Nosotros debemos empeñarnos en evitar la polarización de las posiciones. Por esto he recalcado aquellas estructuras y comportamientos que potencian la dependencia mutua del ministerio eclesial y del pueblo de la Iglesia. En concreto:

a) En la Iglesia, el ejercicio del poder no se puede absolutizar, o sea, no se puede separar de la recepción por parte de los fieles afectados. Un párroco o un obispo es responsable de lo que su estilo de gobierno exige. Si esto no da resultado, habría que instaurar una "cultura de la dimisión", por la que cada uno asume, sin desdoro, la imposibilidad de realizar sus decisiones.

b) Para que sólo excepcionalmente se llegue a tales extremos, hay que establecer finalmente fórmulas jurídicas para las quejas y para la posibilidad de tribunales de arbitraje.

c) Si esto resulta, servirá para invertir la espiral de desconfianza. Se genera un circuito regulador que se alimenta positivamente de un voto de confianza por una parte y de una ascética de poder por otra. Si uno presupone que en su ministerio dispone de la ayuda del Espíritu Santo, debería exigir obediencia únicamente en casos extraordinarios. El ministro renuncia a agotar la plenitud de su competencia y se limita a lo que le incumbe subsidiariamente. Sin este compromiso mutuo, la acción eclesial se convierte fácilmente en un movimiento inverso de negación de lealtad, por una parte, y amenaza de sanciones, por la otra.

d) No es posible estructurar una colaboración fraterna, si humanamente no hay una base. Lo que sí se puede es establecer unos mínimos. Por esto hago una llamada a que se reclame y se otorgue el derecho a ser escuchado.

e) Participar de las decisiones de la Iglesia es también tomar parte de la doble misión de la Iglesia: servir a la humanidad y glorificar a Dios. El ejercicio de la potestad no ha de servir sólo para administrar sacramentos, sino también para transparentar en ellos a Dios. Si la mayoría de los fieles no percibe el carácter de servicio que posee el ministerio, pierde éste el punto de apoyo de su eficacia.

Si el orgullo de los ciudadanos de nuestro país cuando afirman "¡Somos el pueblo! " fuese mayor que el de los cristianos en la Iglesia cuando proclaman "¡Somos el pueblo de Dios! " ¿arrimados a qué antorcha, vamos a presentar a Dios y a su Iglesia? Pese a todo, confiado en la capacidad de renovación de la Iglesia por la fuerza del Espíritu, persevero en mi convicción: la Iglesia es el lugar privilegiado para el desarrollo de todas las fuerzas creativas de la humanidad, consciente de sí misma, de nuestro tiempo. Pues Dios quiere que la Iglesia sea modelo de vida y de convivencia en el mundo.

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA